

Hombres, ideas y libros

Las ruinas del castillo de Stolpen y la Cosel, querida de Augusto II el Fuerte, Rey de Polonia

Gracias a la gentileza de un amigo del Prof. don Julio Montebruno López, podemos dar a nuestros lectores la interesante carta que se inserta a continuación, en la cual el Sr. Montebruno relata su visita al castillo de Stolpen.

EN una de mis cartas anteriores mencioné a la Cosel, querida de Augusto el Fuerte, Rey de Polonia y Príncipe Elector de Sajonia. Muchas veces, en memorias y libros había tenido ocasión de conocer la dramática historia de esta cortesana. Así fué que cuando vi que pasábamos por Stolpen, interrumpí mi viaje a Praga, para visitar las ruinas del castillo que, aunque edificado hace varios siglos, no tiene nada más interesante que el recuerdo de sus relaciones con la desventurada Condesa.

Subí con el doctor Brandes hasta la desnuda plaza del Rathaus, o Markt, y por una larga y retorcida callejuela, bordeada de casas antiguas, llegué a la cumbre de la colina a golpear en el inmenso portón del castillo, debajo de la torre de piedra en que vive el castellano. Salió éste, que no esperaba visitantes en un día tan áspero de invierno, y que por lo mismo se dispuso a guiarnos placentero por los patios, torres, murallas, galerías, vericuetos y oscuras mazmorras de la fortaleza que custodia.

Intacta en la primera mitad del siglo XVIII, cuando sirvió de cárcel a la Cosel, es desde la guerra de Siete Años, un montón de ruinas, entre las cuales sobresalen el bastión de la entrada, tres macizas torres y las murallas de una capilla gótica.

Fuera del atractivo, común a casi todos los castillos, del gran paisaje que domina, comunica a éste singular belleza la construcción basáltica del terreno en que se asienta. Las características agrupaciones prismáticas de piedra forman los acantilados de las pendientes, algunas muy abruptas, y asoman poderosas en los fosos y patios, con su arquitectura, al parecer indestructible.

Recorrimos las extensas ruinas, pasando por patios, asomándonos sobre las murallas para medir con la vista la profundidad de los declives, y oyendo las historias que nos contaba el guía, al mostrarnos una torre o al invitarnos a seguirlo por los estrechos corredores que conducen a los calabozos que nunca faltan en el fundamento de las principales construcciones.

El castillo se ha dejado arrancar una parte muy pequeña de su historia, tal vez la menos trágica y dolorosa. Sus muros ennegrecidos deben guardar el secreto de mil venganzas, sufrimientos y crueldades. En la base de las torres y en el espesor de los muros hay pavorosos «in pace», maquiavélicamente ideados para exacerbar el horror y la desesperación. Atravesando casi en cuclillas una galería, llegamos hasta uno de ellos, que sería tan siniestro como la prisión mamertina de Roma, si una angosta tronera no diera paso a un poco de luz. La abertura tiene al principio unos pocos centímetros de ancho y aumenta gradualmente hacia el interior, permitiendo por último apoyar en ella la cabeza. El formidable espesor del muro que la tronera deja en descubierto debía quitar al preso hasta la esperanza de fugarse, si ésta no fuera el único consuelo del que ha sido privado de la libertad. Sin embargo, ahí debieron permanecer hipnotizados por la luz y el mundo exterior, porque la piedra ha sido en ese sitio desgastada y pulimentada por el frote de la barba o de las manos, como los pies de la famosa estatua de San Pedro en Roma lo ha sido por los besos de los fieles, durante

más de mil años. Ahí está la prueba de que los calabozos eran con frecuencia utilizados por la crueldad humana.

Pronto debíamos comprobar, recorriendo otros subterráneos del castillo, que ésta no se detiene a medio camino. Y vimos, por los nombres con que se designan hasta ahora algunos de estos sitios, «cueva del monje», «cueva del hereje», etc., el papel que desempeñaron durante las luchas religiosas. Sus víctimas no fueron sólo criminales comunes, sino sobre todo mártires de la libertad de conciencia. Para ellos estaban reservados atroces suplicios en la «cámara de los tormentos» y es en uno de esos calabozos donde surge la pregunta de si es posible concebir algo que lo sobrepuje en crueldad y horror. Y entonces se sabe que es sólo la antecámara de algo más terrible todavía. El guía, como respondiendo a la pavorosa pregunta, pasea la luz de su linterna por el suelo y destapa un agujero negro por donde apenas puede deslizarse el cuerpo de un hombre. Es la entrada a «la caverna del hambre», de 15 metros de profundidad, por la cual eran descolgados los heresiarcas condenados a muerte, junto con un pan y un vaso de agua, hipócrita concesión hecha a la misericordia. Siquiera en los otros calabozos hay estrechas aberturas que permiten el paso de un rayo de luz o una invisible rendija en zig-zag para que un poco de aire penetre al través de la piedra. Aquí nada: clausura y obscuridad absoluta. El Tullianum había sido también igualado en este satánico castillo!

Respiramos felices al salir nuevamente a la superficie de la tierra, y pronto nuestra atención fué vivamente atraída por el pozo o cisterna, parte esencial de toda fortaleza feudal. No había dificultad que acobardara a sus constructores. Una siniestra abertura de 5 metros de diámetro perfora el durísimo basalto, hasta encontrar el agua, a 82 m. de profundidad.

Cualquiera cosa que se arroje al interior demora 5 segundos en llegar al fondo. La roca es casi como acero. Tuvieron que romperla poco a poco, vertiendo agua sobre su superficie, previamente calentada. El trabajo duró 22 años; se avanzaba sólo un centímetro por día.

Por último, visitamos la cárcel de la Cosel. La Condesa, por cierto, no conoció los húmedos y oscuros calabozos de la fortaleza. A ella le fué reservado por su ingrato amante un decente, casi cómodo cautiverio. Se pusieron a su disposición, primero, un departamento y después, los tres pisos inferiores de una torre, precisamente de una de las tres que hasta la fecha han logrado escaparse a la ruina del castillo y la que más despierta la curiosidad del visitante. El cuarto piso servía de alojamiento a la guardia, y encima de éste se alzaban aún dos más, que han sido rebanados por el tiempo.

Al hablar de pisos, entiéndase una sola pieza. No es posible pedir más a una torre circular de piedra, cuyos muros llenan casi la mitad de su diámetro. Adherido al gran cilindro de la torre hay otro mucho más pequeño, que contiene una escalera en caracol, también de piedra, ininterrumpida, que sirve de lazo de unión a todos los pisos. El ingreso a cada uno de éstos se hace por un corredor abierto en el espesor del muro de la torre principal. En la dirección de los otros tres puntos cardinales, amplias aberturas análogas sirven de marcos a ventanas que inundan de luz el interior y permiten divisar hermosos paisajes. De aquí resulta que cada piso se compone de un departamento central y de 4 espaciosos nichos, como diría un arquitecto moderno, muy favorables a la comodidad de la vida y a una bella ornamentación.

Según se colige de los grabados de la época, que se exhiben en la torre, los departamentos de la Condesa estaban amueblados con decencia, aún con lujo y según el estilo de su tiempo. Una biblioteca de 3,000 volúmenes le ofrecía una sociedad más selecta, y en todo caso preferible, a la que tuvo en sus días de privanza. Si el amor hubiera tenido para ella algún secreto todavía, bien habría podido creerse una de esas princesas cautivas de los cuentos, en espera del gentil caballero que ha de librarlas de la doble clausura de su torre y de su virginidad. Bien conocía ella a Augusto el Fuerte para no estimar cualquiera conjetura de este género como una desatinada y ridícula esperanza.

Como los tres departamentos en que vivía la condesa estaban dispuestos en sentido vertical, tenía que darse la molestia, para pasar de uno a otro, de subir y bajar escaleras, ejercicio saludable que debió contribuir a la extraordinaria prolongación de su vida.

En la torre, que por lo demás, era una asoleada residencia, casi no existían los servicios higiénicos a que hoy se atribuye importancia. La Cosel, como sus contemporáneos, que en esto no sospechaban siquiera los refinamientos actuales, se contentaba con muy poco. Teniendo amplias chimeneas en que ardiera y crepitara el fuego, estaba contenta. Soportaba ciertas privaciones y molestias con espartana resistencia. Hay en su dormitorio un original retrete, construido en saliente hacia el exterior, donde la delicada creatura pudo estar expuesta a todos los ataques del frío y del viento.

—¡Por donde pecas pagas! diría una comadre hipócrita y mal agestada.

Y a todo esto, ¿quién era la Cosel? El que no conozca su historia puede leerla en cualquier libro. Baste decir que fué una mujer de gran belleza que sacrificó el verdadero amor al lujo, la vanidad y la ambición. Dió rienda suelta a todas estas pasiones, mientras duró el amor que por ella sentía el soberano. Deliraba por las manifestaciones externas del poder, y tenía tan a pecho deslumbrar a los cortesanos en las fiestas de palacio, como a las muchedumbres en las ceremonias públicas. Un grabado de la época, que se guarda en la torre, la representa, en un desfile de la Corte, recorriendo erguida las calles de Dresde en un coche descubierto, manejado por un rey, creo que el de Dinamarca.

Augusto el Fuerte, para que cediera a sus instancias y consintiese en divorciarse de su marido, tuvo que asignarle una pensión cuantiosa y ofrecerle en un documento, escrito de su mano, que se casaría con ella a la muerte de la princesa reinante. Gracias a esta promesa solemne, pudo creerse mujer legítima del rey; lo que no era óbice para que derrochase el dinero como una querida de Luis XV. En los siete años que du-

ró su favor, gastó 20 millones de táleres, esto es, unos trescientos millones de nuestra moneda. Su orgullo se exacerbó, cuando el emperador de Alemania José I la elevó al rango de Condesa del Imperio. Dilapidadora y altanera, se atrajo el odio de todas las clases sociales. El pueblo, sobre todo, que sabía los millones que costaba al Estado, la consideraba causante principal de su miseria y del recargo de las contribuciones.

Augusto el Fuerte no vino a notar la impopularidad y defectos de su querida, sino cuando dejó de amarla y la reemplazó por otra Condesa, la Dönhoff. La Cosel se volvió un quirquincho: rabió, amenazó y aun logró inspirar miedo a su rival y aún al hombre que, según la fama, podía doblar con la mano herraduras y monedas de oro. Temieron sus arrebatos, sus indiscreciones, el escándalo. Quisieron obligarla a devolver el documento que tachaba de felonía la palabra de un rey. Ella se refugió en Prusia; pero Augusto consiguió fácilmente su extradición, la hizo tomar por su gente en Halle y la sepultó para siempre en Stolpen. Lo que no pudo arrebatarse fué el documento, que ella supo guardar tan bien que hasta la fecha nadie lo ha encontrado.

Treinta y seis años de edad tenía la Cosel cuando entró en la prisión de donde cincuenta años después debía inhumarse su cadáver. Su orgullo no se doblegó ante los sufrimientos. Creyendo que la constancia escrita de la promesa del rey era la justificación de su conducta y le daba una aureola de martirio, siquiera ante sus propios ojos, se negó siempre a entregarla y tal vez la destruyó en secreto, aún sabiendo que su devolución habría sido quizás lo único que hubiera podido devolverle la libertad.

Se cuenta, sin embargo, que una vez que Augusto, con fines militares, visitó la ciudad de Stolpen, ella, desde una de las ventanas del castillo, le imploró que pusiera término a su prisión. El rey, al oír los gritos, dió vuelta la cabeza, le hizo un ceremonioso saludo y siguió su camino. Otros dicen que la Condesa, en vez de formular ruegos, disparó un balazo al sobera-

no. Fué la última vez que divisó al hombre que tan mal pagaba las deudas del amor.

Treinta años de cárcel llevaba la Cosel y ya Augusto el Fuerte había muerto, cuando el sucesor de éste le ofreció abrirle las puertas de su prisión. A ella le pareció una nueva crueldad. ¡Qué podía ya ofrecerle el mundo a una mujer que de la vida sólo estimaba el fausto y el poder! Sus mismos hijos, a quienes apenas conocía, eran para ella indiferentes. Rogó que se le permitiera continuar en Stolpen. Y ahí vivió en su torre veinte años más, atendida por dos servidores, ofreciendo al final indicios de locura.

Cerca del pozo de la fortaleza, están las ruinas de la capilla gótica. En el suelo, perdida en la hierba, hay una lápida pequeña, insignificante. Debajo de esa losa, nos dijo el guía, está sepultada la Cosel. Hoy es más popular que en vida. Un nimbo poético rodea a la mujer que expió, sin doblegar su carácter, con cincuenta años de amarguras, unos cuantos días de locura y esplendor.

JULIO MONTEBRUNO L.